



Photo by Steve Johnson on Unsplash

P.

POESÍA & REFLEXIONES

CARLOS
LÓPEZ DE GREGORI

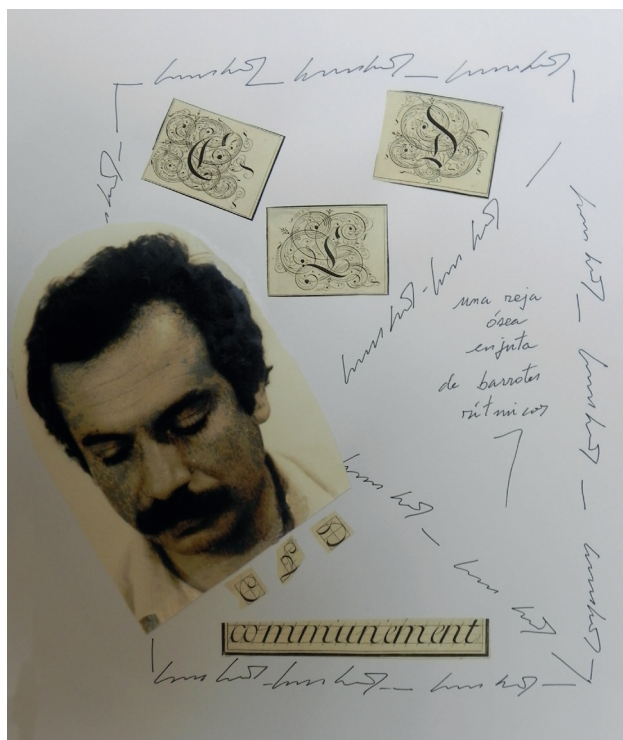
Una tiranía personal

I

Mi firma fue una prueba esta mañana. Mi vieja firma en un documento de identidad que por una vocación circular volvió a mis manos. Sigo el trazo con mi dedo como si quisiera recordar unos movimientos perdidos que no logran ocultar mi nombre y compruebo cuán parecida es a la de mi padre. Era. Nunca la establecí. Pasó en una ráfaga. Mi firma cambió como la de todos. Se fue dismantelando. Se afinó hasta convertirse en la sucesión de olas enfebrecidas y punzantes que es ahora.

Firmo en la primera página de un libro que tengo a la mano y comparo ambas rúbricas. Las enfrento. Las pruebo con muescas y agujeros. Las torno estanco para abreviar. La inclinación de las grafías se mantiene, el perfil incisivo y prolongado de la C, la A prácticamente irreconocible, la L intrincada como una penitencia y la línea de la Z que desciende en un último esfuerzo para cortar el horizonte que soy. Firmo en el muro de mi habitación, en el incendio del aire, en la zona interna de mi brazo. Lleno con ellas una página como en los remotos castigos escolares y descubro que ahora se confunde con la de mi madre.

Padre y Madre ya murieron, pero siguen en esta ondulación que no transcurre, en esta tiranía personal.



II

Una reja ósea, enjuta, de barrotes rítmicos. Estoy detrás. Con un puñado de luz o un punto de atención me pueden descubrir. Allí me oculto agazapado con el sudor que me abrillanta. O en cuclillas vaciando el vientre. O alargado porque sigo siempre una línea pitagórica.

Si fuera taoísta diría que estoy entre los trazos porque me corresponde el vacío. Como una rueda cuya finalidad está en el espacio que dejan los rayos o la nada interior de un cuenco de arcilla.

Si fuera cristiano pensaría que sobrevivo en las palabras que escribió Cristo en la arena cuando se acercaron los escribas y fariseos a preguntarle por la mujer adúltera que apedrearían. Las borró antes de que pudieran leerlas. Quizás era la firma de Dios o la cicatriz invisible que hay que dejar en el mundo.

Si fuera el rey de la máscara de oro usaría una careta de letras. Los cortesanos, los bufones, los alabarderos, mis concubinas no podrían ver mi lepra blanca.

En mi firma siempre hay un trozo de nada, una lepra íntima, una piedra, unos dedos ensalivados que escriben un secreto y lo borran después.

III

Hospital Portada de Guía. Regresa ese nombre esta tarde. Quizás porque las monjas españolas de los primeros años de primaria contaban historias de niños expósitos, de cautivos con el alma carbónica, de peregrinos, de leprosos. La palabra *lepra* me aterraba porque era indistinguible de la realidad. No había distancia entre el signo y la cosa. Sufrí la primera vez que vi *Ben-Hur*. La tensión crecía con la carrera de cuadrigas y el combate de las galeras que eran el preámbulo para descubrir a la madre y a la hermana enfermas, al valle sombrío en el que figuras torcidas y harapientas salían de cuevas y guaridas.

Un domingo quise probarme y llené una página con la palabra *lepra*. Al principio mi mano temblaba, los trazos parecían cabezas cubiertas con un capuchón, las letras agitaban una matraca. Luego comenzaron a fluir. La *l* – la *p* – la *r* en tinta azul. Como en un milagro crístico que limpia la blancura de la enfermedad. La caligrafía cura, contiene, afila el alma como si se tratara de un lápiz para escribir los días que vendrán.

IV

Episodios mnemográficos, patográficos. psicográficos. Un traspié de la memoria o una falla en la caligrafía que a los siete años era mi empeño mayor. Palotes, crestas, espirales, olas en los cuadernos de doble línea. Primero con lápiz y después con pluma fuente y papel secante. El aprendizaje de las letras como domesticación. Soy diestro, pero si eras zurdo o tenías dificultades para los trazos te hundías en la maldad de la escritura. Torpe, estúpido. Eras el jumento que regresa cansado en la tarde y pisa las piedras rojas del pavimento.

Los curas norteamericanos trajeron la caligrafía Palmer a mi colegio en los años sesenta. Escribir con los músculos del brazo y no con la fuerza de los dedos. Ahora descubro que apareció en el siglo XIX con la intención de uniformizar la escritura comercial. Estoy de espaldas y sé que atrás hay una masa de escribientes encorvados en sus mesas de trabajo. Tienen esas lámparas con la magia incandescente de Edison y protectores en los puños de sus camisas. Escriben sin hablar ni detenerse. Solo se oye el ritmo sonámbulo de las plumas arañando un papel fibroso.

V

Signum: marca, insignia, un algo que se sigue. Cuando escribo, me uno a los que me antecedieron. Doy vueltas en mi desierto y encuentro algunos demonios que tientan los músculos y movimientos de mi mano. Pocos o muchos algunos. Me alimento de insectos y hierbas amargas, me refugio en una guarida de grafías decrepitas. Escribo para aislarme y reunirme con leyentes desconocidos. Me encierro en el cielo de mi cabeza y sigo las tormentas de arena. A veces llueven aerolitos, cometas, trozos de estrellas que vienen de una zona inmemorial. Llover es un verbo impersonal: una acción realizada por nadie que es la naturaleza o la propia fuerza de la lluvia. Escribir es para mí un verbo también impersonal que necesita ser persona. *Signum*. A quién sigo. Quién me sigue.

Vuelvo a mis primeras palabras veladas y reveladas. Establezco un vínculo íntimo con los trazos que leo y especialmente los que escribo. Presencias del *signo* en sí. El vocablo *lepra* estaba enfermo, me expulsaba con sus matracas, aguardaba agazapado con su capuchón para contagiarme. Dos sílabas sucias más que las blasfemias que luego eran borradas por madres y abuelas. Tengo aún el sabor del jabón en la boca. Con otras palabras me *persignaba* porque eran estandartes, pequeños escarabajos amorosos. Signos de identidades que grababa en las cortezas de los árboles. Notas pueriles que jamás llegaron a unas manos púberes, iniciales colgadas en las telas de araña. Me hiego la piel cuando escribo de mis amores platónicos a los doce, trece años. Úrsula, Nelda, Cecilia. Nombres que fueron cuerpos tibios, con un olor semejante al de la santidad.

¿A qué huele la santidad? A Nelda que es una variante de Eleonora y que arrastra la negrura pulida de Poe. O a Úrsula, pequeña osa que apenas cabe en la úvula. A Cecilia -*Caecilla*- que significa ciega o caída del cielo. El cielo es ciego. La caída es siempre ciega. Mi caligrafía y los textos que he escrito son una prueba de mi ceguera. Precipicio sonoro y gráfico. Ahora a los 68 años, cuál palabra me intimida, cuál me fascina. A quién merezco, si es que aún caben merecimientos para mí. Bucle crecido desde un punto, desde un pulso sangrante.

Cecilia, Nelda, Úrsula. Cómo serán ahora sus firmas si es que aún están vivas.

VI

La escritura, dijo Theuth, hará más sabios y memoriosos a los hombres. Todo quedará petrificado en incisiones y jeroglíficos. Arañamos las superficies de piedras, paredes, papiros, lienzos, códices, libros. Se escribe para preservar la voz nimia o grandiosa que retorna en el acto de la lectura. Si lees en voz alta tocas al oyente. Leer es palpar o arañar o lacerar o tatuar. *Verba volant, scripta manent*. Así fue hasta que apareció San Ambrosio. Los monjes se asombraban al verlo leyendo en soledad y absoluto silencio. Después todos lo seguimos y así encerramos nuestra voz en un capullo gigantesco. Nos volvimos sordomudos para acallar nuestra alfabetofilia. Vivo en las letras, deambulo en ese vocerío mudo como los leyentes que recorren los hexágonos de la Biblioteca de Babel. Se detienen para comer, dormir, usar el retrete. Después, un golpe oblicuo como a las mulas para que continúen.

Theuth, inventaste el cálculo, los dados, las letras. Comías carne de Ibis y quizás labraste la estatua del escriba egipcio que fue robada en las campañas napoleónicas con la piedra de la Rosetta. Permanece sentado en el Louvre con las piernas cruzadas y sus manos despliegan un papiro. Está a punto de realizar su tarea. Fue hallado en una tumba cerca de Menfis y su condena consiste en escribir para siempre ante la mirada asombrada de los turistas. Los escribas consignaban datos, cifras contables, conjuros, listas de ofrendas, el destino de los faraones, trazaban el camino de los esclavos y los muertos ¿Soy un *escriba*? No. Quizás un *contra escriba*, una silueta de carne borrosa, vagamente humana que también se encuentra en posición sedente.

Aprendí a escribir con dificultad. Ataba el lápiz a mis manos con cuerdas imaginarias. Y luego llenaba páginas por el solo hechizo de los trazos. Escribir más allá del corazón y la cabeza. Desmaterializar. Ocultar. Perseguirme. Construir trampas y celadas. Censurar al otro que soy y a los otros. Refugiarme en mi brazo caracol con ciencia y alma. No es sentido lo que brota al escribir. Es una resonancia que nuestra mente genera en los movimientos del brazo, en la fascinación de usurpar la vida del papel. Respiramos con los trazos, cedemos al ritmo de los músculos. Nos aterra la hoja en blanco y la llenamos de manchas, borrones, garabatos, esqueletos de palabras. Y poco a poco aparecemos como un desconocido de espaldas. Si hay suerte se distingue el perfil. Nunca está de frente con los ojos fijos en nosotros desde una cabeza flotante. Es la erótica de la soledad. Uno escribe para defenderse de sí mismo, aprende con qué fantasmas hablar y ante quienes callarse.

Y la clausura del texto con la firma como un simulacro de identidad. Una guarida para enroscarme. Un golpe oblicuo.

VII

Letra: brazo, diente, pierna. Dedos ideográficos, fonéticos, artríticos. Transformo la materia bruta en materia organizada. La caligrafía es el arte de las ligazones. Aplicar el esfuerzo para mantener los músculos y los huesos en su lugar, la cabeza en el techo celeste que le corresponde. Sigo con mi uña el simbolismo de las letras. La C es luna creciente, mar. La L, poder. La S, dientes o serpiente. Cadmo, antes de fundar Tebas, capturó serpientes y les arrancó dientes hasta sumar 16. Al sembrarlos germinaron las letras. El bien hablar. El bien mentir. El bien maldecir. Y todo cubierto con vendas en la firma: garabatos, técnicas de momificación. ¿Cómo fue la rúbrica de Fausto, la de Enoch Soames? ¿Cómo se firma el contrato decisivo para que el alma se desprenda?

VIII

La pluma como metonimia del Yo. También la errancia de un Yo ajeno que incorporamos en la casa de nuestro cuerpo. Me sigo en los movimientos de la mano, en la motricidad que espío. Trampas de tinta. Lunares, censuras, hoyos. *Página de un diario*. El niño observa al padre descalzo en la cama. Tiene los brazos cruzados y viste su ropa mejor. Llenan la casa los parientes y amigos. Beben café, fuman, conversan en voz baja. En la noche no hay bombardas ni chocolate pascual: solo sorpresa, desconcierto, cansancio. El niño sufre porque no lo toca el sufrimiento. Le desconcierta ese espejismo anímico. Se acerca al escritorio y toma la pluma de su padre. Ahora sabe que es suya y podrá firmar y escribir con ella. Siento que ese cuento fue escrito para mí. Conservo la pluma de mi padre y tiene las mismas iniciales que compartimos. Firmo y yo soy mi padre, aunque he desmantelado sus trazos. Hay un enigma adicional: Ribeyro escribió su cuento en 1952, el año de mi nacimiento. Cuando mi padre murió sufrí porque no sufría. Cuando mi madre murió sufrí porque no sufría. Tardé meses en acoger el sufrimiento, en volverme uno con él. O con ellos. Firmo y soy los dos. Inicuo en cuerpo, en trazo, en alma.

¿Qué moralidad hay en este relato?

IX

¿Cuál es la categoría gramatical de una firma? ¿Es una entidad evolucionada de pronombre? ¿Un ego que trasciende la primera persona? Estoy aquí, pero no estoy aquí. Marco. Refrendo. Me apropio de seres materiales e inmateriales. Me torno rastro presuntuoso, prueba de mi existencia. Golpe.

Roland Barthes reflexionó sobre un castrado que se disfrazaba de mujer. Aparece en la novela *Sarrasine* de Balzac. ¿Quién habla?, se pregunta Barthes ¿El héroe de la historia, el autor Balzac, la feminidad, la psicología romántica? Nadie habla. La escritura es el lugar neutro, oblicuo, el páramo donde ha muerto el autor. No estoy de acuerdo contigo, Roland. Me gusta el sonambulismo de tu escritura y su paradoja confesional cuando abandonaste la esterilidad del estructuralismo. La firma es la resurrección del autor, su apuesta por una posteridad. Firmo ingenuamente mis textos y poemas para que mi sombra pequeña siga en ellos y me sobreviva.

Firmo, luego existo. ¿Y los otros?

Los enajenados no tienen firma. Dejan un olor que los identifica, una presión en las cosas y el aire, un aura.

Los mancos se sirven de garfios y prótesis para escribir.

Los sordomudos sienten descargas sacrílegas cuando la pluma hiere el papel.

Los cuadripléjicos recuerdan grandes trazos en un campo nevado.

Los calígrafos chinos son también espadachines y perfeccionan con sus plumas la estocada mortal que los distingue.

Los censores firman sus prohibiciones para hacerlas más prohibidas.

Las sibilas escriben profecías y los centuriones marcan los cien cuerpos que atravesaron con sus lanzas.

Los médiums son intermediarios de palabras silentes, incorpóreas. Escriben con ambas manos y movimientos espasmódicos. Empuñan el lápiz como si fuera una cuchara.

A ningún dios le alcanzan los números para distinguir los nombres de tantos desvanecidos que ya nadie recuerda.

Los analfabetos, los disléxicos, los ancianos desmemoriados garabatean espejismos.

X

El siglo XIX fue espiritista. Era elegante el histrionismo sobrenatural, tomarse de las manos en una mesa circular, oír golpes, expulsar ectoplasmas. Aparecían músicos que tocaban el piano sin haberlo aprendido antes, poseídos por los dedos de Mozart que moraba en Júpiter. Se recibía el don de lenguas, se reverenciaban mensajes crípticos.

Ser espiritista sin serlo. Ser espíritu deforme, aunque almado. Orar y escribir una plegaria privada. Adquirir una ouija, una piedra magnética. Con la ouija un alguien inmaterial le transmite una certeza a un alguien material. Con la ouija escribes o te escriben, te brindan una pequeña anticipación de tu destino. Sí o No. Los planos que se abrazan, las líneas horizontales y verticales como barrotes geométricos. En la palabra *ouija* falta la letra *e* de fe, de eje, de excedente, de ego. La *O* inicial es un rostro que te observa, te vigila. En la ouija no hay un ego, no existes en ese tablero de encina con letras primorosas. *O* de enebro que es un árbol lóbrego como la psicografía y la pneumatografía. En la primera la mano ciega del médium escribe las palabras del espíritu. En la segunda el texto se manifiesta sin ningún intermediario, de pronto está en un muro o un papel.

Soy platónico y creo que un daimón dicta mis poemas.

Soy surrealista a mi pesar. Un surrealista espúreo que no cree en la escritura automática ni en el pentotal que abre sus exclusas.

Soy un pessoano que aguarda su día triunfal, la mano desasida de Alberto Caeiro. Pessoa era un médium Psicográfico, Pneumatográfico. Creaba pasajes entre los planos de sus heterónimos.

Ah, mis dedos crispados que se aferran a una pluma. Ah, mi libro del desasosiego.

XI

Muchay encendió su pipa con dos centellas de pedernal croata.

¿Se puede acaso tomar el nombre de una persona y esconderlo en un estuche, como una simple sortija o un billete?

Se puede. Uno pierde su nombre cuando entrega una firma. Queda en las manos de un destino ajeno.

La vida de un hombre está revelada toda entera en uno solo de sus actos. El nombre de un hombre está también revelado en una sola de sus firmas. Saber ese acto representativo es saber su vida verdadera. Saber esa firma representativa es saber su nombre verdadero.

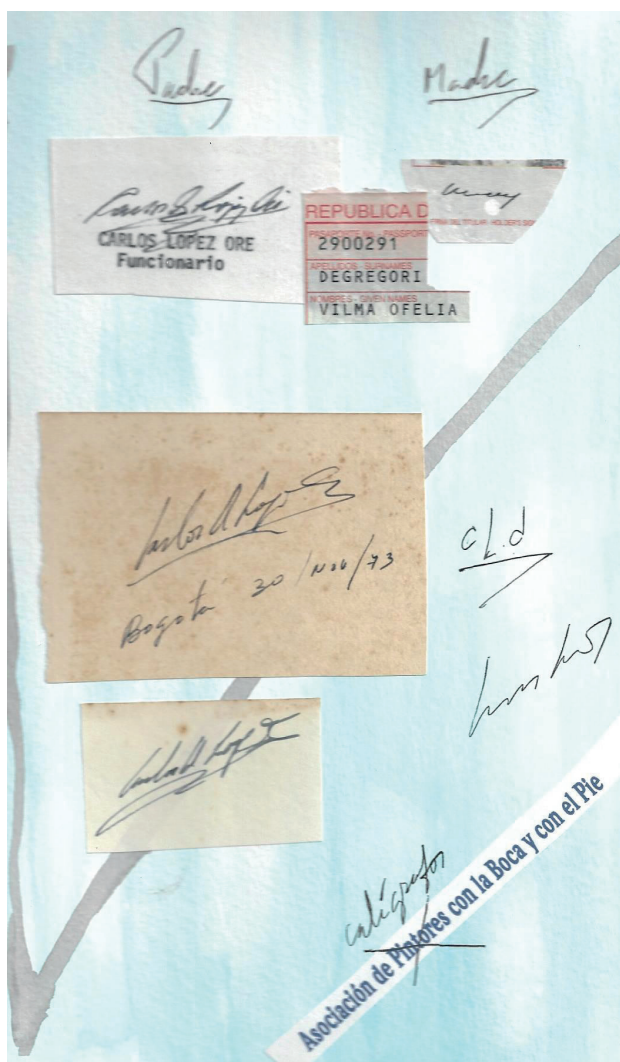
Leo *Teoría de la reputación*. Me gustaría ser el autor de ese texto. Bebo absintio de Viena, esa destilación religiosa y armada.

Discuto con Vallejo mi *secreto profesional*.

XII

Convólvulo.

Un campo tiránico de *gramíneas salvajes*. Siembra las letras. Traiciona tu estilo.



XIII

El nombre mejor es el que uno emplea para llamarse a solas. Nadie lo ha escuchado jamás. No hay malentendidos. Y si firmas con él aseguras que nada cambiará. Persistirás en tu naturaleza. Es como poner un cerrojo para que no huya el alma.

Me pregunto por qué he cedido a esta tiranía. Tal vez se trata de un ejercicio caligráfico de supervivencia.

Dejo mi rúbrica en una danza realizativa.

Después el soplo inerte.

La invisibilidad.